

ULTIMA JORNADA

por Darío Cavada C.

I

EN los tiempos a que se refiere esta modesta narración Ancud no era todavía la capital de *Chiloé*,* en reemplazo de Castro, ciudad antiquísima, fundada en el año 1567 por Martín Ruiz de Gamboa; y no lo fué hasta 1834, sesenta y seis años después de su fundación, hecha por don Carlos de Beranger, bajo el nombre de Villa de San Carlos de Chiloé, 1768, con el objeto de formar un puerto militar que sirviera a la defensa de la Isla, que por decreto del Virrey Amat, quedó de hecho incorporada al virreinato del Perú, en 1766.

Refiriéndose don Alonso de Ercilla, en su poema *La Araucana* a los padecimientos que sufrieron en sus exploraciones australes, dice así:

*Al fin una mañana descubrimos
de Ancud el espacioso y fértil raso,
y al pie del monte y áspera ladera
un estendido lago y gran ribera.*

Lo que voy a narraros con la sencillez de un hijo del pueblo, no me pertenece, son memorias escritas por mi padre, don Ricardo López, capitán de artillería y medio emparentado con Quintanilla, por su madre, mi abuela, doña Asunción Pérez

Ulloa en 1553.

* Descubierta por el Capitán Francisco de

Alvarez. Descubrí estas memorias, inéditas hasta ahora, dentro de un cofre antiguo, que mis hermanas miraban como un arca de Noé, por los variados objetos que contenía, entre los que sobresalían el traje militar de mi padre, su espada, un mantón de Manila, unas cajas de barbas de ballena, algunos escapularios y estampas religiosas con marcos de enchapaduras de nácar y otras chucherías, que habían venido de Lima.

Ahora bien, en las Campañas de Chiloé y en la *Historia General de Chile* de don Diego Barros Arana, no se hace mención alguna, como es natural, de la actuación de mi padre, en esta memorable jornada que aplastó definitivamente en el Archipiélago, el dominio español, como no figuran otros héroes anónimos chilotes, uno de los cuales, según contábame mi padre, sostuvo entre sus robustos brazos un pequeño cañón, a falta de cureña a propósito, en la reñida batalla de Mocopulli, así como la hazaña del capitán Barrientos, que cruzó en su caballo a nado, el río *Pudeto*, en el combate de este nombre, frente a la capilla de Caipulli.

Aislado Chiloé geográficamente del resto del país, sus habitantes ignoraban en absoluto las conquistas patriotas, y si algo llegaba a sus oídos, era inmediatamente desvirtuado por la ciega fe que su Gobernador y sus militares tenían en la inquebrantable fuerza del monarca español. Sólo así se comprende también, lógicamente, que esta pobre provincia reuniese más de \$ 100.000 para ayudar a la reconquista de Chile, y pusiese en menos de un año, sobre las armas, la vigésima parte de su población, esfuerzo gigantesco que es comparable sólo al que hizo Francia en 1792, en el período culminante de su entusiasmo. Fueron, pues, batallones chilotes los que invadieron a Chile en 1813, y pelearon con entereza lejos de los suyos, entre privaciones enormes; los que más tarde fueron a Cuzco, a someter a los insurgentes y, conseguido su objeto, volvieron victoriosos al lejano terruño, a fomentar y fortalecer la idea realista, con las narraciones de sus campañas y con sus conocimientos prácticos del arte de la guerra.

Por estos antecedentes y otros que omito, se comprenderá muy bien que el chilote era realista muy fundadamente, muy lógicamente, y no por miopía intelectual ni por espíritu mercenario, como algunos propalan por allí tan superficialmente.

MEMORIAS

Mi padre, don Ricardo López, dueño de la chacra de San Antonio, a tres leguas de Ancud, y mi madre, doña Asunción Pérez Alvarez, tía carnal de la señora del Gobernador Quintanilla, no tenían más bienes de fortuna que sus tierras de San Antonio, con sus lomas y cienagos extensos, en que solían pacer en invierno y en verano, respectivamente, unos cien vacunos y doscientos ovejunos; ellos me indujeron, después de haberme enseñado a leer en las cartillas de entonces, a que abrazara la carrera militar, en defensa de nuestro muy amado rey de las Españas, y a que escribiera también más tarde, los hechos relativos a mi honrosa profesión, que según el sentir de ellos había de dar lustre a la familia López, descendiente directa del coronel español don Hermenegildo López de Huelva.

La causa del rey, decíanme, es la causa de Dios, y un buen cristiano no puede hacer nada mejor que poner a sus órdenes vida y hacienda.

Gobernaba la provincia de Chiloé en aquellos días don Ignacio Iustis, de origen cubano, quien en dos ocasiones visitó la chacra de mi padre, invitado galantemente una vez por mi familia, a comer un magnífico curanto, abastecido con mariscos y pescados de Pudeto. Recuerdo muy bien la gracia con que bailaba el señor Iustis las bailes en uso entonces, tocados maestramente por mi madre en la guitarra. Estos bailes, periconas, seguidillas, cuandos, eran alternados con partidas de naipe, en que descollaba la malilla, sobre el tresillo y la brisca.

Recuerdo que en uno de esos lances afortunados, don Ignacio, me dijo alborozado:

— Oye, muchacho, toma para caramelos o chancaca de Paita, y me alargó dos onzas de oro.

En aquellos tiempos, Chiloé hacía su comercio directamente con el Perú; allá iban cargamentos de jamones ahumados al amor del fogón; de esquisitas papas, seleccionadas entre las mejores; de tablas de alerce y de ciprés; de ponchos y frazadas; de pescados y mariscos secos, etc., etc.; y en retorno venían las ricas telas y mantones de seda; los cancos de pisco y la chancaca de Paita; los camotes y limas; las bayetas, tocuyos y cambráis y, mejor que todo esto, eran las relucientes peluco-

nas que nuestros mayores echaban en el fondo de sus arcas herradas, a falta de bancos.

Don Instis era una persona muy amable y a la pata la llana; en sociedad era locuaz y dicharachero. En una comida que dió en su palacio, que así llamaban a la casa del Gobernador, uno de sus amigos, se permitió la broma de aludir a su defecto físico, era tuerto; y don Instis, con amable sonrisa le replicó:

«Con el único que me queda tengo bastante para gobernar; los cíclopes de la antigüedad no tuvieron más y dejaron sus nombres bien puestos; de modo que el ser *tuerto* no impide que ande y haga andar a todos *derecho*.»*

Con lo que quedó corrido el audaz bromista, que con todo no cayó en desgracia, pues era el Gobernador de espíritu magnánimo. Pero su falta de energía lo perjudicó ante el virrey del Perú, don Joaquín de la Pezuela, quien parece que le exigió su renuncia, deseando que el Archipiélago estuviera en manos de un militar aguerrido, joven y enérgico, que lo pusiera en pie de guerra para poder afrontar la situación venidera, que se presentaba preñada de peligros para la causa del Rey.

Así fué como a fines de 1817 llegó a Chiloé don Antonio Quintanilla, prestigioso teniente coronel de caballería, nacido en la ciudad de Santander, de edad de treinta y dos años; pero que había dedicado sus primeros años al comercio, en la ciudad de Concepción, para distinguirse más tarde como militar, al lado del coronel Osorio.

Unía Quintanilla a la gentileza del caballero bien nacido, la severidad rígida del militar aguerrido y activo.

Yo pude apreciar de cerca, como alférez de caballería, su habilidad para disponer las cosas, su entereza y rectitud para proceder con energía y honradez en la formación de los cuadros milicianos chilotos, cuyos jefes supo escoger con acertado criterio y justicia.

LA CHACRA

¡Quién había de pensar que andando los años, la propiedad de mi padre, San Antonio, fuera el lugar escogido por el destino para que en el año 26 viniera allí vencido ya nuestro caballe-

* En la ciudad de los tuertos.

roso y activo Gobernador, para meditar la capitulación de Chiloé!

A tres kilómetros de Ancud, sobre la ribera derecha del río llamado San Antonio, uno de los principales afluentes del *Pudeto*, se levantan las hermosas lomas del solar de mi padre, quien, dura y trabajosamente, con la lentitud que exigen las escasez de recursos y la poca bondad del clima, va transformando con el hacha, el gualato y las lumas, este triunvirato poderoso de las tierras chilotas, la improductiva y áspera serranía en fértiles lomajes, en que se ven amarillear la rústica cebadilla y el nutritivo trigo y la morena linaza, al lado del extenso y pródigo papal, cuya monótona verdura salpican con otros matices cuadros pequeños de habas, arvejas y coles.

Es el anual plantío de la chacra chilota, que se completa con el manzanal de camuesas, que espaldea la casa y suministra la agradable chicha, que en unión de la harina tostada, constituyen uno de los manjares más apetecidos del yantar isleño:

La propiedad de mi padre tenía una extensión de más de cien cuabras, y la limitaban, por el norte el río San Antonio, por el sur los terrenos de Coquiáo, por el oeste una montaña virgen y por el este el camino real de Caicumeo, llamado así por el apellido del indio sagaz, que sin más brújula que su maravilloso instinto de orientación, supo atravesar, mandado, probablemente por don Carlos Beránger, fundador de Ancud las veinte leguas que separan a esta ciudad de la de Castro, por entre un bosque espesísimo, lleno de quilantares cerrados a la luz solar, sobre un terreno que ora escala cima abruptas, ora desciende a precipicios que atraviesan ríos o dificultan pantanos de engañosa apariencia. Se comprende muy bien cuanta energía y constancia necesitó este indígena isleño para establecer este lazo de unión entre las dos ciudades, sin más herramientas que el hacha y el machete, y en condiciones tan adversas, con un clima excesivamente lluvioso.

Como este camino es el único que va de norte a sur, en la isla, en tamaña extensión, y como la casa de mi padre se levantaba a orillas del camino, sobre una visible eminencia, fácilmente puede calcularse que ella era el paradero obligado de los transeúntes que viajaban entre Castro y Ancud. Esta circunstancia hizo que mi padre fuera conocido de casi todo el

Archipiélago, y que él estuviera al corriente de todos los dimes y diretes lugareños, sobre todo, de aquellos que comenzaban a preocupar la atención pública, que eran las buenas o malas andanzas en que andaban metidos los patriotas, en el resto de Chile; noticias vagas, fantásticas, que de vez en cuando traían algunos buques que recalaban en la bahía de Ancud, las cuales servían asimismo para variar la monotonía de los temas sociales.

Muchas veces así, Quintanilla iba mensualmente a la casa de mi padre, a imponerse de los sucesos de la isla, de una manera extra oficial, ya que la timidez por una parte y el deseo de no malquistarse hacía que muchos de sus amigos callaran esto o aquello.

Otras veces era yo el encargado de visitar a mi familia, para averiguar lo que mi padre podía pescar de los que venían de Castro, que eran casi siempre pequeñas rencillas lugareñas o insubordinaciones parciales de los milicianos, mandados por el coronel don José Ballesteros.

Antes de seguir adelante, debo dar algunas indicaciones sobre mi familia y sobre la propiedad que constituía para ella toda su riqueza.

La primera se componía de mi padre don Ricardo López, como dije al comenzar mis memorias, y de mi madre doña Asunción Pérez; tuve dos hermanas, Manuela y María, que eran las que corrían con los quehaceres domésticos, y mi hermano, mayor que todos, Agustín, el brazo derecho de mi padre en las faenas agrícolas, que se llevaban a cabo con el sistema de *mingas*, en uso entonces y que es una costumbre muy digna de perpetuarse, porque tiende a la unión y compañerismo de los labriegos, aliviándoles las pesadas y fatigosas cargas de sus trabajos agrícolas y de la construcción de sus habitaciones y de sus grandes chalupas y balandros de carga.

La casa de mis padres, como todas las habitaciones rústicas del Archipiélago, se componía de una sala grande, que hacía las veces de salón, de pieza de recibo y de comedor, y cuando había alojados servía también de dormitorio. Las camas se instalaban sobre los largos estrados que rodeaban casi los cuatro costados de la sala; estos estrados estaban cubiertos por tejidos multicolores de lana, semejantes a frazadas, y contaban además con una media docena de cojines o almohadones de lana, con sus blancos añascados y mifiagues hechos por mis

hermanas. Este salón comedor tenía dos puertas que llevaban al dormitorio de mis padres y al de mis hermanas; el nuestro estaba aparte en una mediagua que se apoyaba en el costado norte de la casa. Al lado sur estaba el gallinero y el chiquero y en el costado de la travesía se levantaba la cocina, dividida en dos secciones, una ocupada por ésta, con su fogón central y la otra hacía de pesebrera, y separadas ambas por un tabique de doble forro.

Frente a la casa había un jardincito huerta, pues allí crecían pensamientos, rosas, botones de oro, hortensias y calas, mezcladas con repollos, perejil, yerbabuena, borraja y menta.

La verdadera huerta estaba a espaldas de la casa; allí se hacía anualmente el primerizo de chapédes blancas y rosadas; el plantío de habas y arvejas, de cebollines y lechugas. Había además un grosellal y un extenso manzanal, que proporcionaba la base para la chichá. Pero el plantío principal, que era la fuente de entrada que tenía la chacra, se componía de una cuadra de papas, otra de cebadilla, media de trigo y media de lino; estas últimas daban la harina tostada, mezcladas en dos partes de trigo por una de linaza.

Los productos del fundo de mi padre eran embarcados periódicamente, en las embarcaciones que venían del Perú, muy tardía e irregularmente. Por el río San Antonio, en balsas, y por el camino de Caicumeo, en carretas, llegaban al muelle de Ancud cientos de jamones y de *chiguas** de papas escogidas, frazadas, manteles de lino, ponchos, medias, mariscos secos que mi padre reunía con paciencia del sobrante de su fundo y que adquiría además de los transeúntes de Castro, que debían forzosamente hacer alto en su propiedad, tenida como una de las mejores de las cercanías de Ancud, con sobrada razón.

PRIMERA EXPEDICION PATRIOTA

Sabedor Quintanilla de la derrota de Osorio en Maipú, 5 de Abril de 1818, que trajo como consecuencia inmediata la independencia de Chile, comenzó con toda actividad y buen tino a preparar las tierras de su gobierno para una resistencia armada, en contra de los patriotas, que no tardarían en llegar,

* Medida de seis almudes, media fanega.

apenas reorganizaran sus fuerzas victoriosas. Con este motivo hizo llamar a todos los militares que estaban a sus órdenes, en Castro, Achao, Chacao y Carelmapu, y reunidos una tarde en la sala de la Gobernación, nos expuso con franqueza y claridad sus planes militares.

«Nuestra situación, nos dijo, tiende a empeorarse con el descalabro que han sufrido las huestes realistas en la batalla de Maipú, de que vosotros tenéis ya conocimiento. Os declaro, con todo, que mi resolución es inquebrantable y que seré fiel a la monarquía española, a pesar de este desastre de las armas reales. Tengo fe en el porvenir y en la pronta y eficaz ayuda del Perú, cuyo virreinato, aunque distante de nosotros, tiene los ojos puestos en este Archipiélago y no escatimará medios para mantenerlo unido a su soberanía y a la de nuestro muy amado rey. Confío en que todos vosotros sabréis afrontar la situación sin temores ni recelos ni divergencias; os hago pues, un llamado a vuestra lealtad de chilotes realistas, a fin de que me digáis con honradez y entereza vuestro modo de pensar, en este asunto que nos interesa tan de cerca y en el que va el buen nombre del soldado que combate por su Dios y por su Rey.»

Velásquez, Ballesteros, Vargas, Garai, Pérez, Hurtado, García y yo, vivamente emocionados con estas palabras, nos pusimos de pie y con la diestra extendida, juramos a una voz derramar nuestra sangre por la causa del rey, si era necesario, activar los preparativos bélicos, mantener la disciplina y entusiasmo entre nuestros milicianos.

Con los ojos humedecidos por intensa emoción; Quintanilla nos dió las gracias y extendiendo poco después un croquis militar de Ancud, sobre su mesa escritorio, nos dijo así:

«El entusiasmo de nuestros milicianos y el comportamiento de sus dignos oficiales me daran nuevos bríos para continuar mi misión hasta el fin.»

«Si vienen los patriotas, como vendrán, os diré que no «se toma Zamora en una hora», y os voy a indicar en este mapa los motivos que tengo para deciros este adagio castellano.

»Sabéis tan bien como yo; que San Carlos, sin tener las fortalezas de Corral, posee otras de menor cuantía, es cierto; pero que reunidas en una acción común, pueden hacer intomable este puerto y voy a probaróslo. Por el norte tenemos el

Castillo de Agüi, tan ventajosamente situado, que domina la entrada de la bahía y aun más allá. Peinando el cerro y estableciendo fosos profundos a su alrededor, aumentándole una batería más y colocándole dos cañones de a veinticuatro, tendremos a raya a la naciente escuadra patriota, que no se expondrá en estos mares borrascosos y de peligrosas corrientes.

Por el oeste están los fuertes de Chaicura y Balcacura, dominando el fondeadero y que sabrán ametrallar al enemigo de sus espléndidas alturas, en caso de que las naves forzaran la entrada a la bahía.

»Por el sur, como veis aquí, tenemos las fortalezas de Puquillihue y del Morro; y al este las del Muelle y Campo Santo, construída por mi antecesor don Carlos Berenger, cuyo costo fué de \$ 30.000, suma exorbitante para su valer real. Si el enemigo pretendiera, abandonando la peligrosa idea de entrar al puerto, surcar el canal, detendrían su paso el fuerte de Chacao, con sus seis cañones de a diez y seis, dos de a cuatro y dos de a veinticuatro, fuera de los once que tenemos allí desmontados; el de Pagueñun, que acabo de establecer hace poco, y la de Coronel, en el continente.

»Esta, es, pues, nuestra verdadera red de fortalezas, fuera de nuestras lanchas cañoneras, cuyo buen equipo y movilidad habrán de mantener a raya a los futuros invasores.

»Os encargo cuidadosamente que mantengais a vuestra tropa en continua actividad, ya sea en el manejo acertado de sus armas como en la reparación de los caminos y planchados que las lluvias deterioran por desgracia, con tanta frecuencia; recordad que las vías de comunicación expeditas constituyen en gran parte el éxito de toda campaña.»

Vueltos a nuestros hogares, después de esta reunión, en que palpamos de cerca la prudencia y previsión del Gobernador, seguimos atendiendo el cuidado de nuestras haciendas, sin olvidar los deberes del militar. Cada vela que divisábamos en lontananza nos hacía bajar al puerto y ocupar nuestro lugar, dejando la angustia natural en los hogares. Pero felizmente eran embarcaciones piratas o balleneras que se alejaban, o entraban al puerto en demanda de víveres; estas últimas contribuían en gran parte a llenar el arcón de mi padre de buenas onzas.

En estas alternativas de zozobras pasamos algún tiempo, hasta que por fin vino un día en que fué preciso luchar. De

las dos naves armadas en corso por Quintanilla, el *General Valdés* y el *General Quintanilla*, esperaba el Gobernador de Chiloé una acción tenaz, en las costas del Pacífico, para perturbar hondamente el comercio de Chile, con sus arriesgadas piraterías; pero desgraciadamente este entusiasmo decayó cuando se supo, después de larga espera, la pérdida total de la *General Valdés*. Por otra parte, la llegada a Ancud del corsario *Quintanilla*, con sus tres buques neutrales apresados en sus correrías, no ocasionó a los realistas júbilo alguno, pues sus tripulantes les dieron noticias fidedignas de los aprestos que hacían los patriotas para ocupar militarmente a Chiloé.

El 23 de Marzo, al caer la tarde, aparecieron de improviso algunas velas hacia el norte, frente a la Punta Huechucucui. Como la gente estaba medio desprevenida, pues no se creía que los patriotas iniciarán su expedición a fines de Marzo, cuando ya el verano había pasado, para dar lugar a las grandes tormentas del otoño, precursoras del dilatado y riguroso invierno de esta región, se tocó a reunión en todos los cuarteles, y Quintanilla, en unión del Capitán Ferguson, de la barca *Musey* y de algunos oficiales chilotes, entre los que me encontraba yo, como su ayudante, nos dirigimos velozmente en una chalupa, al fuerte de Balcacura, frente a la ciudad. Allí, al toque del tambor, brotaban por todas partes los defensores del fuerte; y era un espectáculo alentador contemplar el júbilo y el aire marcial de estos artilleros, mitad marinos mitad agricultores, con que descendían de las cuevas y trepaban otras, a saltos prodigiosos, como cabras monteses, para venir a colocarse derechos, rígidos, frente a la pieza que debían servir, al grito de ¡Viva el Rey!

Después de haber alentado a la tropa para la resistencia, con las consiguientes palabras: «Soldados chilotes, ha llegado la hora de que deis prueba de nuestra fidelidad al Rey de España, nuestro señor, y de que probéis asimismo que sois tan buenos soldados como buenos cristianos, defendiendo la Religión y la Monarquía. Cada uno en su puesto. ¡Viva el Rey!» Nos dirigimos a caballo hacia el fuerte de Agüi, que era el de mayor importancia por su situación y armamento; allí estaba ya todo listo para el combate; pero como los buques no avanzaban y llegaban ya las primeras sombras de la noche, se convino en que cada cual se mantuviera en su puesto, por temor a

una sorpresa; pero transcurrió la noche en el mayor sosiego.

Al clarear el día 24 se puso en movimiento la Escuadra Chilena, yendo la Lautaro a la vanguardia, con intenciones manifiestas de dar frente a Agüi. En estos momentos ví contraerse el semblante pálido de Quintanilla, quien dió orden de comenzar el ataque con dos piezas de a dieciseis, cuyos tiros quedaban aun muy cortos.

«Si entran todos los buques, forzándonos a dejar este fuerte para acudir al de Balcacura, estamos perdidos, pues habremos malogrado la eficacia de nuestro fuerte más poderoso y más bien situado», nos dijo el Gobernador, al mismo tiempo que ordenaba cargar los cañones de a veinticuatro.

Pero de improviso vimos que la Lautaro enfilaba su proa en dirección al canal de Chacao, seguida por las otras naves; entonces se serenó el semblante angustiado de Quintanilla, y dirigiéndose al Capitán Ferguson le dijo, lleno de animación:

«Buscan su propia tumba, las corrientes del Canal y la piedra de Remolinos son mis mejores fortalezas ahora y están perdidos.»

Inmediatamente, me dió orden de regresar al Puerto y que me dirigiera velozmente a Chacao en su hermoso caballo negro que había hecho traer de Concepción. En dos horas y media estaba yo en el pueblo de Chacao y allí hicimos funcionar las dos piezas de a veinticuatro, con toda actividad. Pero el desembarco impetuoso y resuelto de los patriotas nos obligó a replegarnos a las alturas que dominaban el canal; pocas horas después, los patriotas tomaban posesión del pueblo de Chacao y se desparramaban por sus alrededores en busca de provisiones y de nuevos enemigos que combatir. Entonces yo resolví regresar a Ancud, para dar cuenta de estos hechos al Gobernador. Mas, grande fué mi sorpresa cuando en la mitad del camino me encontré con un grupo de realistas, camino hacia Ancud, con bandera blanca de parlamento. Era Godoy, que llevaba una misión pacífica de parte del General Freire para Quintanilla. Lo alcancé con mi gente a la altura de Pudeto y juntos nos dirigimos a Palacio.

Allí esperaba el Gobernador, rodeado de sus oficiales y de algunos respetables vecinos de la localidad.

Entrado Godoy a la oficina del despacho y presentado por mí a Quintanilla, se expresó así: «El General don Ramón Freire, jefe de esta expedición libertadora, confiado en la noble

causa que sostiene, que es incorporar a la República de Chile este remoto jirón de la soberanía española, me envía en misión parlamentaria a fin de que oyendo previamente las razones que os expondré, deis una contestación categórica en el plazo de cuarenta y ocho horas. Os declaro que tenemos el firme propósito de apoderarnos de Chiloé, mediante nuestras fuerzas poderosas. Aislado como estáis, tal vez no comprendáis que la causa del rey está perdida en Chile y que no podréis manteneros por mucho tiempo en situación tan difícil, alejado de toda clase de recursos. Reconoce el General Freire vuestra hidalguía y nobleza de sentimientos, al intentar aun manteneros fiel a vuestro lejano monarca; esto os honra como militar y como español; pero queremos evitar un inútil derramamiento de sangre, en una campaña que habrá de terminar con la victoria de los patriotas, que ya han silenciado vuestros fuertes del continente y de Chacao y que vendrán a Ancud, desde Dalcahue, tan luego como os neguéis a proseguir por el camino amistoso que hoy os propongo recorrer.»

Contestó Quintanilla en términos mesurados, agradeciendo esta misión de paz de parte de Freire; pero negándose a dar una contestación categórica al respecto, mientras no tenga el beneplácito de sus oficiales y del vecindario, a quienes debía consultar muy pronto. Y ofreció galantemente sus aposentos al parlamentario, que aceptó su hidalguía.

Al día siguiente, reunidos los oficiales y vecindario en la sala del Palacio, les expuso Quintanilla el objeto de la misión de Godoy.

Hubo algunos caballeros, como don Juan Andrés Oyarzún, acaudalado propietario y además capitán de caballería, don Manuel Rojas Pérez, don Isidro Vargas, rico comerciante español residentes muchos años en Ancud, que opinaron por aceptar una capitulación honrosa, temiendo que la crudeza de la campaña los privara del goce de sus comodidades. Y hasta algunos oficiales asintieron con un movimiento de cabeza a esta proposición.

Demudóse el rostro de Quintanilla y dominando su desagrado, pues era hombre que sabía reprimir su cólera, dijo así, dirigiéndose a mi persona:

«Señor Capitán, haced entrar a la sesión al parlamentario, a fin de que oiga nuestra determinación resuelta.»

Y en presencia de Godoy, continuó: «No desconozco el abandono en que vejeta en este último rincón de Chile; he pesado vuestras razones, señor Godoy y contado el número de nuestros enemigos; pero hay bajo las solapas de este Gobernador que pretendéis intimidar con vuestra poderosa escuadra, un corazón castellano afecto y leal a su Rey, que cumplirá con su deber sin temor ni vacilaciones. Los desastres de Maipú no alcanzaran a Chiloé, porque confío en una pronta y eficaz ayuda de España. Decidlo así, señor Godoy, a vuestro General, a quien le llevaréis además mis afectuosas saludos de adversario leal y digno de la causa que sustenta. Partid, pues, y a la mano de Dios.

El 31 de Marzo de 1824, arribaban a Dalcahue la *Chacabuco* y el transporte *Ceres*, con un total de mil combatientes, dirigidos por el Coronel Beauchef.

Así supimos esta noticia en Ancud, seis horas después de tomado el pueblo, por un propio enviado a caballo desde aquel lugarejo, por el coronel realista, Rodríguez Ballesteros, jefe de las fuerzas de Castro, que en su ausencia comandaba el coronel de milicias don Ramón Vargas.

En unión del capitán don Pedro Téllez, salimos de Ancud, por el camino de Caicumeo, conduciendo una compañía escogida de infantería. Hicimos alto en el fundo de San Antonio, en donde mi familia agasajó a la tropa con un succulento asado y rico aguardiente de Pisco, que traían del Perú en cancos de barro.

Después de los prudentes consejos que mi buena madre me dió para que no me expusiera demasiado en el peligro, me puso al cuello un escapulario bendito y partimos a Dalcahue.

Grande fué nuestra sorpresa cuando al llegar a Mocopulli al caer la tarde, nos encontramos allí con el campamento de las tropas realistas que mandaba Ballesteros, en unión del coronel don José Hurtado, quienes nos impusieron del plan que meditaban con sus fuerzas que alcanzaban a mil milicianos.

Impuestos de que Beauchef pretendía dirigirse a Ancud por el camino de Caicumeo, Ballesteros y Hurtado apostaron sus tropas en la hondonada húmeda de Mocopulli, rodeada de bosques y pequeñas eminencias cubiertas de matorrales, situación magnífica para esperar en emboscada al enemigo desprevenido.

Así fué como a la una de la tarde del 1.º de Abril, fueron sorprendidas las tropas patriotas por una horrible descarga de fusilería y metralla, que los hizo titubear al principio; pero, repuestos de la sorpresa, cargaron a la bayoneta con toda decisión, a pesar de las certeras y nutridas descargas de nuestros hombres, que disparaban de mampuesto, ocultos entre los troncos y ramazones del follaje.

La batalla se mantuvo indecisa hasta las cinco de la tarde, hora en que nuestra caballería se desbandó, arremetida con coraje por las reservas patriotas. Ballesteros reunió a esta hora sus tropas dispersas y fatigadas y se dirigió hacia Ancud; pero no alcanzamos a llegar más que a las alturas de Butalcura, pues luego supimos que los patriotas se reembarcaban en Dalcahue y se hacían a la vela con rumbo a Quinchao.

Volvimos a Dalcahue, después de haber sepultado en Mocopulli nuestros muertos, que no llegaron a 300, pérdida que sufrieron los patriotas, como supe más tarde.

Quintanilla llegó al día siguiente, para imponerse personalmente de los detalles de la contienda, acompañado de algunos infantes veteranos, por si era aun necesario un refuerzo, y vista la decisión de Beauchef de no proseguir la campaña, Ballesteros volvió a Castro y nosotros a Ancud.

En San Antonio nos esperaba un merecido descanso de un día entero, en compañía de mi familia que supo obsequiar a nuestro Gobernador y a sus cansadas tropas.

Pocos días después, el 15 de Abril, amaneció el Cabildo embanderado, pues la Escuadra patriota pasaba frente a la bahía con rumbo al norte.

En la noche hubo una animada tertulia en casa de Quintanilla, y el tema de la conversación fueron los incidentes de la reñida batalla de Mocopulli, el descalabro de la Escuadra patriota y el descabellado plan de ataque del General Freire.

Además se censuró acremente la conducta cobarde de algunos vecinos de Ancud, que en la reunión habida ante el parlamentario Godoy, habían expresado la opinión de no resistir a la invasión patriota.

Quintanilla estaba muy alegre; pero como hombre prudente, nos dijo que esta tentativa fracasada habría de repetirse en lo futuro con mejor acuerdo y mayores elementos, y

por lo tanto era necesario no dormirse sino vigilar incesantemente y adiestrar mayor número de milicianos.

Se ordenó que el bergantín *General Quintanilla* se hiciese a la mar para hostilizar el comercio de los patriotas; su capitán Maineri, presente en la reunión, juró de nuevo asolar las costas de Chile, con la bravura de que ya había dado buenas pruebas. «No volveré a Ancud, dijo, sin traer por delante cuanto buque logre apresar; lo que el señor Gobernador ordena, mi *General Quintanilla* realiza con ayuda de sus certeros cañones y de su veloz carrera; el huracán de las tormentas me empuja y el huracán de las metrallas me enardece.»

La situación de Chiloé mejoró notablemente con la llegada a Ancud del *Asia* y del *Aquiles*, navíos españoles poderosamente armados, que traían además noticias alentadoras del Perú.

Durante los cuatro meses que permanecieron fondeados estos buques en la bahía, no cesaron los paseos y saraos; las familias chilotas se empeñaban en hacerles agradable su estada a la distinguida oficialidad, que venía a las órdenes del capitán Guruceta, cuyos chistes eran solicitados a porfía.

En Agosto abandonaron estos buques nuestra bahía, no sin dejar algunos de sus oficiales más de un corazón herido con la flecha de Cupido, con sus aposturas, gentilezas y sal castellanas.

INTENTO DE ANEXAR CHILOE AL PERU

Después de esta tentativa infructuosa, volvieron los pobladores del Archipiélago a su habitual tranquilidad. Reconocieron con este fracaso la inutilidad de los esfuerzos patriotas, en contra de la causa del Rey, que era para ellos la causa de Dios.

Por otra parte el previsor y leal Quintanilla supo sacar buen provecho de la situación, alentando a sus oficiales y milicianos, con la esperanza de una poderosa ayuda de la lejana España. Mejoró aun más la condición de sus fortalezas y acrecentó el número de sus defensores.

Sin embargo, a mediados de 1825, nuevas venidas del Perú, en donde gobernaba Bolívar, trajeron otras complicaciones que perturbaron a Quintanilla y a los dirigentes de Ancud.

Se supo así, que en vista del fracaso que habían sufrido las tropas chilenas en Mocopulli, en 1824, y de la negligencia de los patriotas para acometer nuevamente la empresa de apoderarse de Chiloé, pensaba Bolívar, con tropas de su mando, anexas al Perú el Archipiélago tan inútilmente disputado. Fundábase además en que Chiloé había dependido hasta ahora del Perú, con el que mantenía un comercio directo, desde muchos años atrás; de que el Gobierno chileno jamás se había preocupado de esta región austral, que él consideraba por su situación geográfica, como la verdadera llave del Pacífico.

Tentado por todas estas consideraciones, se dirigió a Quintanilla, manifestándole su resolución inquebrantable de apoderarse de Chiloé para el engrandecimiento del antiguo Virreinato del Perú; conminándolo con su ejército victorioso, a fin de que desistiese de su loco empeño de ser leal a una causa ya perdida en toda la América.

Una tarde, reunidos los vecinos respetables en el despacho del Gobernador, les leyó éste la contestación que daba a las insinuaciones de Bolívar. Con la voz vibrante de entusiasmo y de fe en el porvenir, se expresaba así:

Sr. Simón Bolívar.—Alto Perú.— Señor de toda mi consideración y aprecio:

Profundamente emocionado con la lectura de su misiva, paso a dar a V. E. una contestación categórica a ella.

Sobradamente reconoce este último soldado de la causa realista en América, las razones que motivaron el envío de su comunicación. Sé muy bien lo que Chiloé debe al Perú; pero no al Perú desligado de la soberanía española, cuyas resoluciones no habrán de quebrantar la indomable lealtad de este olvidado Gobernador del más remoto de los dominios de mi Rey. Os declaro, pues, con el mayor respeto, que mientras esté bajo mi mando este apartado jirón del suelo de España, sabré mantenerlo con las armas, defenderlo contra futuras invasiones, para la tranquilidad de sus sencillos y fieles pobladores.

»Respetuosamente.— Antonio Quintanilla. Q. B. L. M. a V. E.»

Esta enérgica y caballerosa carta no tuvo contestación, o porque no llegó a poder de Bolívar, o porque viéndolo éste la inutilidad de quebrantar una tan firme resolución, juzgó prudente no continuar sus gestiones de anexión, lisa y llana. Aun-

que, y es lo más probable, pensó con detenimiento y mayor cordura que al intentar realizar tamaña empresa, a tan larga distancia, provocaría futuras complicaciones con Chile, o éste se apresuraría a ganarle el quien vive, alistando con toda prontitud una nueva y más feliz expedición.

*

El 28 de Noviembre la desgracia vino a golpear a nuestras puertas, haciéndonos enmudecer de dolor el fallecimiento de nuestro querido padre, en su posesión de San Antonio.

Aconsejada por Quintanilla en sus periódicas visitas a nuestro solar, abandonó mi familia su residencia de campo y vino a establecerse en Ancud. Este cambio mejoró notablemente las condiciones de mi vida de soltero y de militar, y contribuyó eficazmente a que el Gobernador me tomase mayor apego y fuese mi casa la que más a menudo visitara.

En la mayor intimidad fué como comprendí mejor la nobleza de sentimientos, el desinterés y el esfuerzo constante de este magnánimo servidor del Rey, que alejado de toda supervigilancia y teniendo todas las responsabilidades inherentes a su elevado cargo, supo sin embargo, ser siempre honrado y diligente, modesto y enérgico a la vez; sencillo en su trato social y perspicaz en sumo grado en el teje maneje de los asuntos de su gobierno. No de otra manera puede comprenderse el enorme ascendiente que tenía sobre sus subordinados. El menor intento de indisciplina o inequívocas demostraciones de negligencia o desaliento eran inmediatamente corregidas con la sola presencia del Gobernador, cuya palabra amistosa y persuasiva llevaba siempre el convencimiento y reconocimiento de las faltas.

La tarea más difícil era mantener la actividad y el común acuerdo de las fuerzas milicianas de Castro, a donde solían llegar individuos aventureros del continente, que contaban muy abultadas las noticias de Chile independiente, y en donde los *godos*, como se decía despectivamente, eran tratados como conspiradores y mirados con suma ojeriza. Este desprecio alcanzaba hasta Chilóe y sus pacíficos pobladores, a quienes calificaban de más realistas que el Rey, y de quienes se burlaban diciendo que pretendían crear un reino independiente.

Quintanilla hacía con frecuencia, con este motivo, sus viajes a Castro; reunía sus tropas en la Plaza de esa ciudad y allí les explicaba las porfías del Callao para no ceder; sus esperanzas de una reconquista y su resolución de no atender a las reiteradas instancias de los patriotas.

De regreso, visitaba a lo largo del camino de Caicumeo, el estado de las sendas, encomendadas al cuidado de los vecinos, que debían mantenerlas expeditas con la ayuda de sus yuntas y de las maderas de sus ricos bosques, por el sistema de planchados, que era el único posible en los lodazales y pantanos que formaban las lluvias invernales.

Visitaba también el estado de las *escuelas pagadas*, desparramadas a lo largo del camino y de la costa oriental de la Isla. El maestro era comúnmente algún español soldado que, palmeta en mano, enseñaba a leer a varias docenas de niños de ambos sexos, en las cartillas en uso entonces, que comenzaban con el ejercicio jota e, Je, ese, u, ese, sus, Jesus. Cada niño pagaba en dinero o en especies ocho reales al mes, a su maestro y éste vivía holgadamente con el producto de su enseñanza. Estas escuelas se generalizaron tanto en la isla y eran tan concurridas, porque el Gobernador no perdonaba las inasistencias, que pronto no quedó isleño que no supiera leer; pero no así escribir, que esta era harina de otro costal, pues requería otros útiles más escasos y caros y mayores conocimientos en el maestro.

En las largas veladas del invierno las familias pudientes abrían sus modestas salas, rodeadas de cómodos estrados, que lucían cojines añascados y el arabesco de sus paños de hilo, a que eran muy aficionadas las señoras chilotas, así como a la confección de mantelės de lino, de hermosas cobertores de tejido de hilo y de frazadas de lana, etc.

Se iluminaban modestamente los zaguanes de piso empedrados que daban acceso a la cuàdra o salón.

Allí acudía el Gobernador con su señora, como un descanso a sus pesadas labores de gobierno. Las niñas preparaban el chocolate o el mate pebetero, y las señoras dejaban oír las notas de sus templadas guitarras españolas, cuyo instrumento tocaba mi madre con singular maestría. Los hombres conversaban sobre los asuntos del día o las nuevas conquistas patriotas; echaban sus manos de brisca o de malilla o de famoso tresillo, en el que era muy ducho Quintanilla.

La servidumbre, por otra parte comentaba en voz baja y misteriosa, alrededor del fogón, la aparición de alguna ánima en pena; la fechoría de un trauco en la chacra tal o cual, o el descubrimiento de un entierro de buenas onzas, dentro de un canco vacío de pisco, que hacía varios meses ardía en la noche frente al pórtico de la iglesia de Castro, convidando a su afortunado descubridor en una noche de truenos, después de haber, ahuyentado al intruso perro negro con cadena, que impedía el desentierro.

Pero las fiestas más sonadas eran las que daba el acaudalado comerciante español don José Isidro, que andando el tiempo fué misteriosamente asesinado en su casa por un indio, su mozo, y las del Gobernador en su palacio. Era muy frecuente entonces la llegada de buques franceses balleneros a Chiloé, cuyos capitanes en compañía de sus oficiales, concurrían a estos saraos y aportaban a ellos sus lanceros, su buen humor y locuacidad y sus cajones del espumoso champaña, lo que contribuía a darles a estas veladas un sello de animación y de distinción, poco comunes.

Los bailes en uso entonces eran el Fandango, la Sajuriana, la Periconá, la Seguidilla, el Cuando, etc., traídos de la Península; pero que no tenían la seriedad ni el buen tono de las cuadrillas o de los lanceros.

Así transcurrió el tiempo, entre las graves preocupaciones de la defensa de Chiloé y las agradables y modestas reuniones sociales, que contribuían buenamente a desentumecer los espíritus y los cuerpos en los tristes y pesados días del riguroso invierno.

En medio de las preocupaciones de su elevado cargo, solía Quintanilla hablarme de su patria y de su familia lejana, así como de sus ambiciones para el porvenir. No desconocía que andando el tiempo, tendría, por la fuerza de los hechos, que abandonar su querida insula; pero confiaba en que su lealtad a toda prueba tendría alguna buena recompensa, a su regreso a España. No era avaro como casi la generalidad de los conquistadores españoles, muchos de los cuales confundían, en sus ansias de fortuna rápida, el plomo y el estaño por plata pura. Sin embargo, un descubrimiento tentaba de continuo su codicia; muchas veces me hablaba de la posible existencia de la Ciudad de los Césares, creencia tan arraigada que no fal-

taron misioneros franciscanos y jesuitas, así como personas tenidas por juiciosas en el vecindario, que, dando crédito a esta fábula generalizada, no trepidaron en hacer expediciones al sur para sentar pie en las calles de esta quimérica ciudad, pavimentadas con adoquines de oro y plata. El no creía en los detalles ridículos que la ignorancia del vulgo agregó a esta fábula; pero estimaba que era posible hallar esta ciudad que el valor de ricos minerales de oro y plata habría levantado en alguna región ignorada del sur del continente.

Muchos fueron los ilusos que dieron de narices contra los primeros acantilados de la cordillera, buscando el filón de oro de la Ciudad; pero en cambio enriquecieron los datos geográficos de aquellas apartadas e ignoradas regiones y va una cosa por otra. Mi pobre padre creía también a pie juntillas en este mito, hijo de la mente codiciosa de algún aventurero soñador; pero yo jamás di crédito a tales patrañas, y así contestaba siempre a las cavilaciones de nuestro Gobernador, en sus ratos de ocio y de ensueño.

SEGUNDA EXPEDICION LIBERTADORA

El 15 de Diciembre de 1825 fué un día de muchos trajines en Ancud, con motivo de haber llegado a este puerto, después de varios días de penoso camino por tierra, un emisario que los pocos realistas que aun quedaban en Valdivia, enviaron con el objeto de hacer saber al Gobernador Quintanilla que la Escuadra patriota se alistaba apresuradamente para emprender una nueva campaña en Chiloé, con mejor acuerdo, en época más favorable y con mayores elementos bélicos.

Previendo Quintanilla que este esfuerzo sería supremo, impartió a las fuerzas de todas sus fortalezas, la orden de hallarse listas, en cualquier momento para la nueva ofensiva.

El 8 de Enero de 1826 amanecieron fondeadas frente a la Punta de Huechucucui, situada al noroeste de la Punta Corona, las naves patriotas que venían a libertar, según se decía, este hermoso Archipiélago de la tiranía Española.

Desde el fuerte recién establecido en Punta Corona, pudimos observar en unión de Quintanilla, pues nos habíamos dirigido allí, después de tomar a las siete de la mañana en Ancud una chalupa que nos dejó en el fuerte de Agüi, de donde

seguimos por tierra, el imponente cuadro que presentaban los siguientes buques: *La Chacabuco*, *La O'Higgins*, *la Independencia*, *Galvarino*, *Aquiles*, *Lautaro* y los transportes *Resolución*, *Ceres*, *Infatigable* y *Golondrina*. Diez naves, con 2.500 hombres, como supimos después, para atacar una pobre guarnición de milicianos, la mitad de los cuales, tal vez, no habría presenciado jamás una batalla, pues los que habían combatido en Mocopulli en 1824, estaban en su mayor parte en la guarnición de Castro, al mando del coronel Ballesteros.

Naturalmente, este despliegue de fuerzas impresionó desagradablemente a Quintanilla y trajo algún desaliento a las tropas, cuando se impusieron de ello.

A la mañana siguiente, la Escuadra se puso en movimiento para acercarse más a tierra, y al enfrentar a la Corona rompieron fuego los cañones de esta fortaleza con toda decisión y estos disparos pusieron en alarma al vecindario de Ancud e hicieron que las tropas de los demás fuertes se prepararan para la defensa.

Una hora después el fuerte de Corona había sido silenciado porque un piquete patriota que desembarcó en la playa de Huechucucui lo tomó por asalto y sus defensores huyeron hacia el formidable fuerte de la Punta de Agüi, que cierra la bahía de Ancud por el norte y la bahía del puerto Inglés por el sur-este.

Esta pérdida ocasionó un nuevo movimiento de la Escuadra, que vino entonces a colocarse, en la tarde, en esta bahía.

La pérdida del fuerte Corona no nos indicaba sino el comienzo de la batalla y no le dimos importancia alguna; representaba para nosotros la pérdida de una avanzada de muy pocas consecuencias; era una vanguardia formada más para atemorizar que para producir al enemigo daños de consideración.

Mientras mantuviéramos la eficacia de los cañones de Agüi no habría nada que temer todavía; allí estaban los buenos y antiguos artilleros de la Isla, que no dejarían acercarse a alma viviente, despojado como se hallaba el fuerte de matorrales y bosques que favorecieran una emboscada para el asalto.

Así debió comprenderlo el director de la campaña, pues no puso su Escuadra al alcance de estas cañones, sino que el día 10, en la mañana, desembarcaron las tropas en la Playa del Puerto Inglés y se dividieron en dos porciones. Una ata-

có el inexpugnable fuerte Agüi y otra atravesó en gran parte la península de Lacuy para dejarse caer por la espalda sobre el fuerte de Balcacura, cosa que pudo realizar con todo acierto el coronel Aldunate, sorprendiéndolo a los defensores del fuerte, que en su aturdimiento abandonaron toda resistencia y se precipitaron a la playa en completo desorden.

Desde Ancud ignorábamos nosotros este plan de ataque, y como, por otra parte, no cesaban de rugir con toda actividad los cañones de Agüi y los buques no entraban aun a la bahía de Ancud, pensábamos que nuestra situación era firme e inquebrantable.

Pero llegó el siguiente día, 11 de Enero y pudimos ver con sorpresa que el *Aquiles*, el *Galvarino*, la *Independencia* y la *Chacabuco*, forzaban la entrada de la bahía desafiando con toda intrepidez el cañoneo de Agüi y venían a colocarse frente al fuerte de Balcacura, cuyo silencio nos llenó de estupor.

El vecindario de Ancud, comprendiendo entonces la verdadera situación de los patriotas, comenzó a abandonar precipitadamente la ciudad en dirección a Pudeto, por temor a las consecuencias de un bombardeo. Quintanilla fué el primero en favorecer este movimiento de precaución, y fuí yo en unión del sargento Barría, el encargado de ir de casa en casa, aconsejando el alejamiento de sus moradores.

En la tarde de este mismo día, un parlamentario del General Freire desembarcaba en el muelle de Ancud, con una comunicación para Quintanilla, quien, impuesto de la misión del parlamentario, que no era otra que hacer que el Gobernador desistiese de todo vano intento de resistencia en adelante, pues el fuerte poderoso de Agüi estaba inutilizado, tomados los de Corona y Balcacura, y la Escuadra dentro de la bahía, lista para asumir una poderosa ofensiva, que traería un inútil derramamiento de sangre realista, bastante prodigada ya en las batallas pasadas, respondió a estas insinuaciones de Freire, previa reunión de oficiales y de algunos vecinos, con la siguiente comunicación, que yo escribí de mi puño y letra en el despacho de la Gobernación, esa noche memorable:

«General Freire: Quedo impuesto del oficio de hoy que me dirige US. No hay razón de que me pueda obligar a dejar de cumplir con mis deberes para con el Rey. Las tropas y los habitantes de esta provincia, como yo, desean el momento

de hacer ver por tercera vez, al Ejército de Chile, que sus esfuerzos para subyugarlos son vanos; excúseme V. S. de amenazas que miro muy lejos de que pueda cumplirlas.

Vuestro obsecuente servidor.— Antonio de Quintanilla.»

Por otra parte el teniente coronel don Juan M. Ulloa, defensor del fuerte de Agüi, siguiendo el ejemplo de Quintanilla, se abstuvo de comunicarse con el parlamentario que le había enviado Freire, diciéndole por intermedio de uno de sus oficiales, «que sólo los vencidos pueden parlamentar y él no estaba en esa situación, pues sus cañones hablaban elocuentemente todavía por la causa del Rey, su señor.»

Contra lo que se esperaba, el 13 de Enero el Ejército patriota comenzó a transportarse en los botes de la Escuadra a las playas de Lechagua, que bordean el golfete de Quetalmahue, por el sur. Quedaba entonces el grueso del ejército a una legua de Ancud, y pudimos notar que se dividía en tres secciones y que emprendían su marcha a la ciudad, a las tres de la tarde, a lo largo de la playa.

Quintanilla no se dormía y dispuso sus tropas para la resistencia, bajo el fuerte Poquillihue, situado en una eminencia en la mitad casi del camino por la playa, entre Lechagua y el pueblo. Las tropas patriotas tenían que afrontar esta embarazosa situación; no podían acometer por la espalda, a causa de que las lomas que se levantaban desde la playa misma eran escarpadas y cubiertas de bosques impenetrables, y cortadas además por riachuelos continuos que corrían en el fondo de las quebradas. Estos inconvenientes insubsanables por el momento hicieron detener en su marcha al ejército patriota, que permaneció acantonado el resto del día.

Pero como a las dos de la mañana sentimos desde nuestras posiciones de Poquillihue un mínimo fuego de fusilería y algunos disparos de pequeños cañones, en el centro de la bahía y frente al puerto, y comprendimos, en medio de una gran ansiedad, que nuestros lanchas cañoneras habían sido atacadas por sorpresa de noche. Y así fué, al amanecer el día 14 de Enero supimos con certeza lo que habíamos sentido. Tres de nuestras lanchas habían quedado en poder del enemigo y temiendo Quintanilla que las otras tuvieran la misma suerte, las hizo varar frente al riachuelo de la Arena. Mientras tanto, a los gritos de ¡Viva la Patria! se ponía en marcha el ejército

patriota hacia nuestras líneas de defensa y comenzaba un nutrido fuego de fusilería, que no nos dañaba gran cosa, ocultos como estábamos entre los matorrales y peñascos de la playa.

Viendo los patriotas la inutilidad de sus esfuerzos, por desalojarnos de nuestras posiciones, adoptaron pronto un nuevo plan de ataque, que desgraciadamente no pudimos soportar mucho tiempo.

Equiparon convenientemente las tres lanchas cañoneras que nos habían quitado y apostaron en una eminencia cercana a Poquillihue un par de cañones, y con estos nuevos elementos de combate abrieron un certero fuego de artillería sobre nosotros. Esto nos ocasionó muchas bajas y comenzó a desmoralizar nuestra tropa, entusiasta hasta entonces para manejar sus fusiles; pero incapaz en adelante de contestar con otros cañones al enemigo. Por otra parte una división entera trepaba los cerros y nos espaldeaba con dirección hacia el sur, para cortarnos probablemente todo intento de retirada. Así fué como poco a poco fuimos cediendo el terreno, hasta el momento en que llegó Quintanilla, montado en su brioso caballo negro, acompañado del teniente coronel chilote don José Hurtado, y dirigiéndose a sus tropas les dijo: «¡Viva el Rey! No estamos ni estaremos vencidos mientras me tengáis vivo al frente vuestro. Seguidme, pues, los que deseáis la victoria y yo os haré ver que aun somos fuertes para resistir y para vencer. ¡Viva el Rey!»

Ya en completo desorden las tropas, las palabras alentadoras de Quintanilla infundiéronles un resto de energía, y poco a poco fueron reuniéndose en las pintorescas cumbres de Bellavista, situada al sur de la ciudad y como a un cuarto de legua de ella. Allí se ordenaron unos cuatrocientos hombres para una última resistencia.

Con un vigor irresistible fuimos acometidos por los granaderos del mayor Tupper, tan tenaz y eficazmente, que comprendiendo Quintanilla sus vanos esfuerzos, me envió para que reconociera si el camino de Caicumeo estaba a nuestras espaldas tomado por el enemigo. Partí velozmente a caballo y me impuse de que la retirada estaba libre. Eran ya cerca de la siete de la tarde, en todo el día no había tenido ocasión de comer algo sólido y ya desfallecía; felizmente refrescaba el hambre y la sequedad de mi garganta echándome a la boca puña-

dos de calafates y mechais, que encontraba deliciosos y apartaban de mí la opresora angustia que sentía.

A la bajada de Caracoles encontré ya a los primeros soldados que se dirigían apresuradamente hacia Mechaico, sin sus fusiles que ya habían arrojado por inútiles en el camino.

A poco andar encontré a Quintanilla, rodeado de algunos oficiales fieles; pero no de Hurtado que había sido hecho prisionero por Tupper, lo que lamentaba mucho el Gobernador, pues le tenía particular aprecio por su fidelidad y coraje, de que había dado buenas muestras.

Volvía Quintanilla impresionado desagradablemente por el poco denuedo que habían manifestado sus tropas, las cuales, completamente desorganizadas, no oían ya las órdenes terminantes de sus jefes, ni la imperiosa voz de su Gobernador, que les pedía reponerse para ver modo de presentar una nueva resistencia más adelante.

A todas las órdenes y amistosas insinuaciones, contestaban arrojando sus fusiles y gritando como unos desafortados: «¡Estamos vendidos y estamos rendidos!»

A las 10 de la noche de este memorable día, 14 de Enero, nos reunimos todos los prófugos en el fundo San Antonio, de propiedad de mi familia, la cual había abandonado la ciudad por mi consejo, tan pronto apareció la Escuadra patriota, el 11 de Enero. A lo largo del camino apostó Quintanilla algunos soldados fieles, con la consigna de darnos inmediato aviso, en el caso probable de que las fuerzas patriotas intentaran seguirnos aun, o de que la soldadesca realista pretendiera llevar a cabo alguna demostración hostil contra sus jefes, que hasta tal grado había llegado la exasperación de estos pobres milicianos, que creían de buena fe que eran víctimas de una traición de parte de sus oficiales. El ataque había sido tan recio, veloz y afortunado que no se daban cuenta de como habían perdido la batalla, acostumbrados como estaban a oír ponderar siempre el poder de las fortalezas, sobre todo la de Agüi y el gran número y eficacia de las tropas realistas, que por defender la causa de todo un rey, debían ser también tan poderosas como éste.

Mi familia estaba esperándonos con gran angustia, ignoraban la magnitud del desastre; pero sabían por los soldados que pasaban allí en precipitada fuga hacia el sur, que las tro-

pas realistas habían sido derrotadas en todos los encuentros.

Al verme entrar cubierto de polvo, lleno de fatiga, en compañía de Quintanilla, mi pobre madre y mis hermanas prorrumpieron en agudos llantos.

Allí estaban, pues mudos de dolor y de cansancio, nuestro Gobernador, el comandante don Antonio M. Garay, el coronel español don Saturnino García, el alcalde de Castro don Antonio Pérez, don Antonio Alvarez Gatay, tío carnal de la señora de nuestro Gobernador, el comandante de caballería don Tadeo Islas, el coronel de milicias don Ramón Vargas, el capitán de caballería don Andrés Oyarzún, y varios otros oficiales.

Después de haber calmado yo a mi madre y hermanas, diciéndoles que aun no estaba todo perdido, nos sentamos en silencio a la mesa y allí el hambre y el cansancio nos mantuvo largo rato a solas con nuestros pensamientos, que en rápida sucesión nos mostraban los acontecimientos del día.

Repuestos ya, nos dijo el Gobernador lo siguiente:

«Jamás creí que en un sólo día de batalla consiguieran los patriotas cambiar por entero nuestra situación. Estoy satisfecho y contento de vosotros, porque hemos cumplido con nuestro deber. Mi misión, queridos compañeros, toca a su fin y mi intención es abandonaros muy pronto del todo. Vosotros sabéis que no tengo más bienes de fortuna que mi lealtad al soberano español, de quien espero un reconocimiento de mi actuación en esta apartada y bella región, que dejó con verdadero dolor, porque es la patria de mi señora y de mis buenos y leales defensores. Sólo llevo la amargura de haber contemplado en el bando enemigo a nuestro amigo de ayer, don Manuel Velazquez, a quien el despecho sólo pudo llevarlo a combatir contra sus mismos paisanos y amigos. Vosotros no sabéis que peso de intrigas y de ingraticudes oprimen y amargan el corazón de un gobernante. Pero quiero desechar este enojoso recuerdo, para recordar sólo nuestros buenos esfuerzos, vuestra inquebrantable lealtad. Ahora que me véis vencido, comprenderéis que felonía cometieron conmigo Velásquez y Pérez, al separarse de nosotros, pretendiendo que yo pactaba con Chile la entrega de mis leales servidores!

»Me véis, compañeros, sin tropas ni fortalezas ni hogar, y sin embargo, si vosotros quisieráis, aun podría continuar la

lucha, con las fuerzas del bravo Ballesteros y las de Maullín y Calbuco. Pero nó, el dado está tirado ya y yo sabía que llegaría un día en que sería forzoso ceder a la fuerza y aun a la razón de los patriotas, que quieren, como es justo, una Patria grande y única, libre de toda dominación extraña. La victoria patriota de Maipú me había puesto ya sobre aviso, y hace tiempo, pues, que, a pesar de vanas promesas de ayuda, consideraba herida de muerte la santa causa de mi soberano. Cuando los hijos llegan a su mayoría quieren independencia, porque se bastan por sí solos para vivir y luchar.

Mañana debemos partir de alba, compañeros, para el sur; haremos la jornada hasta Tantauco, en donde acordaremos con Ballesteros, a quien he mandado ya un propio, la determinación que habremos de tomar, para dirimir esta ya larga y enojosa contienda, que perturba los hogares chilotes y entorpece su camino.

Nos recogimos todos en silencio, pues la fatiga nos vencía.

Al siguiente día estábamos ya a caballo a las cinco de la mañana, pues en esta época amanece muy temprano. Hasta llegar a Tantauco, 11 de la mañana, encontramos todavía, a lo largo del camino, algunos soldados que regresaban a sus casas; eran habitantes de Castro o de sus alrededores. El General los saludaba coriñosamente, les daba cigarros y conversaba con ellos un rato.

Al llegar a Putemun, nos esperaba una familia García, y después de almorzar, nos expuso Quintanilla, después de haber escuchado nuestra opinión, sus decisiones.

Escribió a Ballesteros lo siguiente:

«Mi bravo y leal Ballesteros: La suerte nos ha sido adversa, hemos sido vencidos, y desde aquí os doy a saber mi determinación, que es capitular con honor, para resguardar la vida y los bienes de mis fieles cooperadores, antes que el enemigo abuse de los que se rinden a discreción. No perderé momento; y por eso lejos de ir para atrás, iré para adelante. Espero a Garay y luego saldrán García y Pérez para tratar.»

En compañía yo de don Antonio Pérez y de don Saturnino García nos pusimos inmediatamente en camino para Ancud, a donde llegamos el 17 de Enero, al caer la tarde. La población estaba tranquila, gran parte de sus habitantes habían vuelto ya a sus hogares, abandonando las casas de campo de

los alrededores, en donde se habían guarecido durante los días 14, 15 y 16.

Al día siguiente nos presentamos a la Gobernación, como parlamentarios; allí nos recibieron con exquisita urbanidad el teniente coronel don José Francisco Gana y don Pedro Palazuelos, quienes tenían amplios poderes del General Freire para estipular las bases de la capitulación.

Desde el primer momento notamos que estos señores no usarían de rigor alguno para con los vencidos. Después de algunas preguntas sobre nuestros deseos y el estado y número de las tropas de Castro, se redactó el siguiente convenio que debía ser ratificado después por Freire y Quintanilla:

«Chiloé quedaba sometido a la soberanía de Chile, como una de sus provincias, y sus habitantes entraban a gozar de los derechos de todo ciudadano chileno. Todo el armamento banderas y municiones serían entregados al ejército patriota en la ciudad de Castro. Los jefes y oficiales conservaban su libertad de permanecer en la provincia o de radicarse en cualquiera otra o de salir del país. Los empleados, corporaciones civiles y eclesiásticas y los jefes de milicias quedaban en sus respectivos cargos, si eran aptos para desempeñarlos a juicio de las nuevas autoridades patriotas.

Al día siguiente partimos para Tantauco, llevando en un pliego cerrado estos convenios.

Al imponerse de ellos Quintanilla, ví que se le humedecían los ojos; pero repuesto luego de su honda emoción, firmó con pulso seguro el tratado el 19 de Enero de 1826.

«Loado sea, Dios, dijo después, pues han andado magnánimos con esta pobre y hermosa tierra y con sus buenos defensores. No esperaba otra cosa del temple de alma y del noble corazón de mi antiguo amigo, el General Freire. Hemos puesto a salvo nuestra dignidad de hombres y nuestra honra de militares y quedo tranquilo.

Impusimos también a Quintanilla de la rendición del puerto de Agüi, en donde se mantuvo encerrado su bravo defensor don Juan M. Ulloa, teniente coronel de artillería, que sólo capituló por falta de víveres, después de haber recibido una intimación de parte de Freire, quien lo impuso del desastre irreparable de las armas realistas, y de su vano empeño de mantenerse, lejos de toda expectativa de socorro.

El 22 de Enero de 1826 se juró solemnemente en Ancud la libertad del Archipiélago, y la bandera chilena se enarboló entre los acordes de las bandas de músicos, sobre el edificio de la Gobernación, que entró a habitar don José Santiago Aldunate, como nuevo y primer gobernador patriota.

Un mes después, Quintánilla y su señora, se despedían de sus relaciones y amistades, en viaje ya para Concepción, desde donde poco más tarde se dirigió a España.

Así concluyó esta *Ultima Jornada* que deshizo para siempre el poder de España en Chile, ligando a nuestra provincia al resto de la República.

Aquí concluyen también estas Memorias, que una feliz casualidad hizo caer en mis manos y de cuya autenticidad y verosimilitud en los hechos que narra son buena prueba el original mismo y la historia patria de estos acontecimientos.

Antes de dar por terminado este modesto trabajo que carece de originalidad, pues muy poco se puede agregar al efectuado por nuestro gran historiógrafo don Diego Barros Arana, en su obra *Campañas de Chiloé*, séame permitido agregar a la narración concisa de los hechos, que es el único mérito que tiene, una descripción del estado actual de los históricos fuertes que desempeñaron su papel en aquellas memorables jornadas, y que están hablando, después de noventa y cuatro años de silencio, abandono y destrucción, con una elocuencia conmovedora, de la incuria de nuestras autoridades y de la negligencia de los Gobiernos.

Comenzaré por el fuerte más cercano a la ciudad, llamado del Campo Santo o de San Antonio, situado a los pies de la ciudad, en su primitiva situación, pues Ancud, en los tiempos a que se refieren estos hechos se levantaba sobre las colinas que hoy están al norte de la ciudad, terrenos que pertenecen en la actualidad, en gran parte, a la Sucesión Mayorga, y a las familias Burr, Flaig, Züygens, etc. Este era el barrio principal, el núcleo de la ciudad, que tenía su plaza, su gobernación, cuartel y parroquia, en los mismos puntos en que hoy están la plaza del cuartel de policía, que debe haber sido la Gobernación y la iglesia parroquial esta parte antigua de la ciudad se comunicaba con la nueva, que ya comenzaba a poblarse bastante, por medio de un puente que debe haber arrancado de la calle Empinada que lleva al cuartel actual de Poli-

cía, pues lo que hoy es calle A. Prat y sus contornos era entonces un pantano peligroso y despoblado, atravesado por el riachuelo de la Toma y azotado por el mar un poco más allá del actual Liceo de Hombres; de modo que nuestra actual Plaza e Intendencia son muy posteriores.

Este fuerte de San Antonio o del Campo Santo, se llamaba así porque estaba oculto en una excavación sui géneris de los fuertes de entonces, hechos por los españoles, como puede verse en los demás y aun en los de Corral y Niebla y a los pies del cementerio o Campo Santo de la primitiva población, lo que hoy se llama el Polvorín, casa que aun existe al noreste del fuerte. Hace treinta y cinco o más años este fuerte estaba casi intacto, con su techo plano de alerce, que cubría todas las baterías, cerradas además por una baranda de madera de ciprés. Al lado de cada cañón había varias pirámides de balas redondas y de metrallas cónicas. Poco a poco fueron estas saliendo de sus sitios y lanzadas por los muchachos cuesta abajo, hacia la playa; y los cañones, firmes aun en sus cureñas de madera ya carcomida hicieron sus últimos disparos con el capitán Campos y el alférez Acuña, en una prueba de resistencia, mandada ejecutar por orden del Gobierno hace unos 25 años. Los cañones que dieron fuego se levantaron y cayeron de espaldas, los otros cedieron a los estragos del tiempo y hoy yacen mudos y desordenados, cubiertos por la maleza, sin el techo que los proteja, cuya madera se quemó poco a poco en los fogones del vecindario menesteroso. Y así concluyó esta fortaleza, reliquia santa de otros tiempos y que gobiernos más previsores y respetuosos habrían tratado de conservar como una lección objetiva de aquellos gloriosas jornadas.

De los otros fuertes, tales como el de Poquillihue, situado frente al Morro, de cuyos terrenos es propietario ahora don Eduardo Cholouse, después de haber sido por muchos años la familia Cavada, no hay más que el terraplén que indica el lugar de su situación, y lo mismo acontece con el de Balcacura.

El otro fuerte por excelencia, llamado de Agüi, el más poderoso y más bien situado para la defensa eficaz de la entrada a la bahía, permanecía aun en buenas condiciones hace algunos años. Recuerdo haber ido en visita, no sé en que año, con mi tío, teniente coronel de artillería, ya fallecido, don Emilio Contreras, quien estaba a cargo de su conservación. Por el lado

sur hay una portada de ladrillo, con el nombre de don Emilio Sotomayor. Mi tío hizo tocar en esa ocasión un tambor y ví inmediatamente a unos quince ancianos que venían al llamado, todavía ágiles, abandonando sus vecinos hogares, para ver a que obedecía el llamado.

Se cargaron dos cañones de a cuarenta, creo, sobre sus cureñas de fierro, giratorias, y sus disparos me hicieron estremecer al principio; pero después me divertí viendo caer las balas delante de la isla de Cochinos y en dirección al canal de Chacao. Posteriormente, es decir, en la actualidad, no debe quedar nada de todo aquello, sin cuidadores especiales. Creo que hasta los terrenos mismos que pertenecían a estas fortalezas, han pasado a dueños inescrupulosos que los usufructúan por concesiones tolerantes.

Pero no es solamente en Chiloé en donde se ve este desgarramiento de patrias reliquias, sino también en Valdivia, en donde el fuerte de Corral ha sido en gran parte demolido en bien de los Altos Hornos.

Esto es inconcebible y alabo la iniciativa que tomó hace poco el Intendente de Chiloé, don Alejandro Guzmán, hoy en Arauco, para buscar ayuda de parte del Gobierno, a fin de cercar estos terrenos y darle a un cuidador escrupuloso que los conserve y evite la total ruina o el cambio de dueño, con el transcurso del tiempo.

Así como los Museos Militares guardan los uniformes gloriosos de nuestros guerreros y héroes, los pabellones y armamentos ennegrecidos con el humo de las victorias; así también deberían guardar los gobiernos de la República estos jirones benditos de nuestro suelo, regados con sangre heroica para estudio y admiración de la edad presente y de los futuras edades.

Así como el Llano de Maipú ostenta el legendario montículo que perpetúa en piedra la batalla gloriosa de su nombre, cuna de nuestras libertades de hoy, así también los fuertes de Chiloé deberían conservarse intactos como la tumba del dominio español en Chile.

La provincia de Chiloé, después de su incorporación al territorio de la República, llevó una vida tranquila, perezosa, gobernada por veinticuatro gobernadores, sucesivamente, entre los que pueden nombrarse a don José Santiago Aldunate,

a don Domingo Espiñeira, a don Ramón Lira, a don Francisco Bascuñán Guerrero, a don Francisco Puelma, a don Javier Rengifo, a los generales don Basilio Urrutia, don Emilio Sotomayor y a los señores Virginio Sanhueza, Ramón Escobar y Luis Martiniano Rodríguez, desde cuyo gobierno, el año 78, comienza para Chiloé un despertar halagüeño, con aperturas de caminos, construcción del puente de Pudeto, rectificación de las calles de Ancud, mejoramiento del Liceo y establecimiento de buenos aserraderos, instalación del telégrafo, y llegada de cientos de familias de colonos, que van transformando montañas vírgenes en terrenos aptos para la agricultura y ganadería.

Es un acto de justicia reconocer debidamente la actividad incansable de este viejo maestro, experto mandatario y talentoso político que durante varios períodos gobernó en Chiloé con acierto, rectitud y energía. Su largo gobierno hizo que muchos lo llamaran el señor feudal del Archipiélago y también por las grandes adquisiciones de terrenos que hizo poco a poco, en lo que invirtió con tesonera constancia todos sus emolumentos y la totalidad de su patrimonio. Así logró reunir cinco grandes haciendas que formaron después la base de la gran «Sociedad ganadera, agrícola y maderera de Chiloé».

En la actualidad Chiloé tiene un brillante porvenir. Ancud y Castro, sus principales ciudades, tienen ya luz eléctrica, agua potable y un ferrocarril de trocha angosta que los une, de 84 kilómetros de longitud.

La elaboración de maderas, la pesquería y salazón de mariscos, las fábricas de conservas, la implantación de la ostricultura, el mejoramiento de las tierras de cultivo, la introducción de animales de raza, vacunos, caballares y ovejunos, el gusto por la apicultura y avicultura están transformando poco a poco a estas tierras olvidadas del resto del país, en un verdadero jardín de las Hespérides.

Es cierto que su clima sigue siendo terriblemente lluvioso y que en esto no puede haber innovación, por cuanto es consecuencia natural de su latitud, así como la terrible sequía es consecuencia natural en las provincias del norte; pero esta abundancia de agua no perjudica las cultivos propios de su suelo, la ubérrima y rica papa, el lino, la cebada y toda clase de hortalizas.

Por otra parte, la condición moral de sus habitantes sigue siendo ejemplarizadora, abusos, atropellos y crímenes que son en otras regiones el pan nuestro de cada día, son en Chiloé desconocidos; sólo las luchas electorales suelen inquietar y agriar los ánimos, dejando en ellos un fermento que el transcurso del tiempo hace desaparecer.

Las condiciones intelectuales también adquieren un sensible progreso, gracias al espíritu aventurero de nuestros labriegos, que se desparraman por Valdivia, Llanquihue y Punta Arenas, en busca de mejores jornales. Y de allí vuelven naturalmente, con muchos conocimientos prácticos, en sus distintas labores, y que van imitando en sus pequeñas propiedades.

Su indiferencia misma para el servicio de la Patria, lógica consecuencia de su aislamiento anterior y de las fatigosas campañas de sus antepasados en las guerras de la independencia, se trueca ahora en vivo entusiasmo, gracias a la creación del Regimiento Chiloé, que el destino quiso que después de 92 años, se estableciera en las faldas del histórico cerro de Bellavista, desde donde, en lección verdaderamente objetiva, se pueden contemplar panorámicamente los fuertes de la Corona, Agüi, Balcacura y Poquillihue y teniendo por añadidura a sus pies, a la derecha, el memorable Pudeto.

Este es el verdadero cuadro que presenta Chiloé, después de aquella inolvidable jornada que mezcló la sangre de sus hijos a la de sus generosos libertadores.

14 de Mayo de 1918.

CANCION DE EL SOLDADO CHILOTE

*Aquí van los insulares,
llena el alma de contento,
a servir al Regimiento
y a la Patria en sus altares.*

*Nuestro orgullo nadie humilla,
que somos los descendientes*

*de las huestes tan valientes
del muy noble Quintanilla.*

*Nuestro bélico ardimiento
es la indomable coraza
de aquella guerrera raza,
digna del épico acento.*

*Los tercios del Dieciseis,
formados por insulanos,
son nietos de veteranos
héroes del Veintiseis.*

*Con este bravo elemento
que nuestras filas hoy llena,
a la victoria encadena
nuestro gentil Regimiento.*

*Riveros y Goycolea,
guerreros de nuestro suelo,
dadnos vuestro ardiente celo
que os dió gloria en la pelea.*

Ancud, Mayo de 1919.

NOMINA

De los jefes y oficiales realistas, españoles y chilotes, que actuaron en Chiloé.

Gobernador y General, don Antonio Quintanilla.

Coroneles: don José Rodríguez Ballesteros, don Jilberto Díaz M., don Ramón Vargas, don José Hurtado, don Saturnino García.

Tenientes Coroneles: don José A. Riveros, don Mariano Rojas, don Manuel Velásquez, don Juan Huidobro, don Lorenzo Cárdenas, don J. Manuel Ulloa, don Justo Vargas, don Antonio Cárdenas, don Francisco Alvarez y don Juan J. Gómez.

Comandantes: don Antonio Garay G. y don Tadeo Islas.
Sargento Mayor: don José A. Garay C.

Capitanes: don Pedro N. Mancilla, don Bernardino Cárdenas, don Juan A. Oyarzún, don Patricio Díaz, don Benito Subiabre, don Marcos Arrizaga, don José Ayala y don Fermín Pérez.

Oficiales: don José Oyarzún, don Pedro Bórquez, don Pedro Gallardo, don Luis y José A. Cárdenas y don Pedro y Gabino Mancilla.*

* Careciendo de toda fuente de información, es muy posible que se hayan omitido algunos nombres.